preso por Jaume Olea Sala. Prohibida su reproducción.

CULTURA

LUCHA POR SER AUTÓNOMO

La independencia es el 'leit motiv' de una exposición artística joven

S. P.

Quedaron atrás los retratos estáticos, la pintura expresionista y la fotografía hiperrealista. Ahora es arte lo que antes no hubiera sido más que un atrevimiento, o un delirio de noche de sábado. Instalaciones, vídeos, mosaicos de fotografías, pintura, aparatos... Todo vale, pero sólo si transmite. Y transmite.

De eso saben más que nadie los jóvenes estudiantes de Bellas Artes de la Universidad Europea de Madrid (UEM), que participan en la exposición Blog 12. Autonomía, en la Sala de Arte Joven de la Comunidad de Madrid.

En una sucesión de fotogramas, una joven sin rostro dibuja sus propias facciones en un espejo. El título, *Identidad*. «Mi intención es abordar el tema de la formación del sujeto como individuo», explica su autora, Fabiola Marroyo. «Todo lo que vivimos nos influye y nos conforma. Ya nada es único, ni insólito y, aun así, muchas veces rechazamos la idea de que estamos formados por nuestro entorno. *Identidad* es un guiño a ese dibujar del sujeto que a lo largo de nuestra vida nos va conformando», añade.

Fabiola, cuyo nombre *de guerra* es FAMV, es malagueña, está licenciada en Bellas Artes por la UEM y estudia el último curso de Arquitectura. «Desde siempre he pensado que el ser humano tiene mucho que enseñar y, por eso, mi línea de trabajo en el mundo artístico se centra en descubrir lo que tenemos dentro», asegura.

Respecto a la elección del videoarte frente a formas creativas más clásicas, Fabiola lo tiene claro: «No creo que el formato de mi obra se separe mucho de la pintura o la fotografía, más bien es una interpretación de las mismas desde una visión moderna y actual, en la cual no se pierde el formato de lienzo pero se añade el movimiento y la interacción con el espectador», explica. «La visión humana está tan acostumbrada a las imágenes que creo que es necesario sorprender al espectador para poder llegar a él», matiza.

Arriba, la instalación de Elena Klinnert. En vertical, el vídeo 'Identidad', de Fabiola Marroyo. / UEM

Tanto ella como su compañera, Elena Klinnert, han tenido, para esta exposición, que interpretar el concepto de autonomía, bajo cuyo paraguas muestran sus obras. Para Fabiola, «la autonomía se expresa en el momento en el que el sujeto decide asumir las partes externas que lo generan, y acepta y desecha con conciencia las actitudes que van a conformar su identidad».

Elena, alemana y recién licenciada en Arquitectura por la UEM y artista, ha optado por una instalación que refleja «cómo pueden manipular, mediante la imagen, la clase política y una institución como la Iglesia por medio de la iconografía-rostrofilia del cerebro humano».

Su recopilación, «tipo Atlas», afirma el concepto «de hacer un trabajo sin determinaciones ideológicas y sin tener en mente la preocupación por la consideración de la obra de arte, en relación con la tradición de la modernidad estética».

Respecto al futuro, ninguna de las dos lo ve muy claro. Tampoco descartan seguir con su carrera artística en el extranjero, llegado el momento. «Es un panorama que ofrece la oportunidad de replantear, redefinir, repensar una búsqueda de alternativas que a mí, personalmente, me apetece mucho», reconoce Elena.

Libros

'DEJAD DE LLORIQUEAR'
Meredith Haaf / Ensayo / Editorial Alpha Decay / 272 páginas / 21 euros / Traducción de Patricio Pron

Autocrítica generacional de los hijos de los 80

Por SARA POLO

Lo primero a tener en cuenta, antes de abordar *Dejad de lloriquear* es la nacionalidad de su autora. Meredith Haaf es alemana y, por suerte, no deja de recalcarlo a lo largo de todo el libro. Y menos mal, porque el rapapolvo que echa a sus coetáneos no tiene parangón. Ni una regañina de madre, oiga. Eso sí, que sea germana y, por tanto, no viva la crisis como se vive en la Europa meridional no le quita razón a la joven periodista, que acusa a la generación de los nacidos en los 80 –entre los que se cuenta, ya que nació en 1983– de ser poco menos que unos quejicas pusilánimes y lloricas.

Los jóvenes tienen miedo. Ésa es la piedra angular sobre la que pivota toda la crítica de Haaf. «Nada parece seguro, y ésto no sólo se aplica a la evolución de los mercados: ni siquiera podemos confiar en nuestra propia capacidad de juicio o en el poder adquisitivo futuro, por no hablar de las prestaciones de Seguridad Social que podremos disfrutar en ese futuro», retrata la joven autora. Después, una lista, una enumeración pura y dura de todo lo que aterra a los jóvenes formados del primer mundo, de las relaciones a la independencia. Y no se deja ni una coma...

Becas que se alargan eternamente, a veces voluntariamente, por no dejar de ser el protegido. Darle al *me gusta* sin ton ni son, para evitar enfrentamientos y discusiones. Preocuparse por el medio ambiente sólo para no meterse en política. El joven adulto que describe Meredith Haaf es un cobarde, y es hijo de una educación sobreprotectora. Competitivo hasta el ridículo, camina por el mundo con los codos fuera, preocupado por medrar, antes que por disfrutar.

«Mi generación está interesada en el *statu quo* y que es una cohorte conservadora antes que revolucionaria. No quiere necesariamente que las cosas sean mejores, pero le gustaría que no empeoraran». Se puede decir más alto.